

Con la música ocurre lo mismo que con la poesía, y aún en mayor extensión: cuanto crean los alemanes para sí, por sus mejores producciones y hasta por algunas mediocres, se convierte en tesoro común de los pueblos. Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven y la pléyade que les sigue, pertenecen al universo. Muy pronto ya nadie se atreve a discutir el hecho de que los alemanes lleven la dirección del arte musical. La música aparece directamente como un arte alemán; la primacía de los italianos es superada y olvidada. Había despuntado el día del florecimiento alemán.

Hay algo más en esta época floreciente del espíritu alemán, que aun hoy, y justamente con mayor razón, nos debe llegar al alma. En su pensamiento, en su poesía, en su música, la nación está unida como en ningún momento anterior. No existen norte ni sur, ni Sajonia ni Suabia; no hay más que alemanes. A buen seguro, ocurre lo que nos parece de todo punto inconcebible: el *iluminismo* ha borrado hasta la misma oposición confesional, que retrocede tanto que se impone la búsqueda para hallar sus débiles rastros. Más que muchos volúmenes, lo demuestra el hecho de que la primera historia de los alemanes merecedora de tal nombre, fué escrita por un sacerdote católico: Miguel Ignacio Schmidt.

A este pueblo vigorosamente creador, unido y orgulloso de sí mismo, faltaba la forma externa de la existencia. Existía la unidad nacional del espíritu; el estado nacional se perdió en ese mismo lapso. Y, sin embargo, no tenían que sentirse totalmente privados de personalidad nacional. Para el estado que faltaba, que debía abarcar toda la nación y obligar al mundo a otorgarle respeto, Federico el Grande había ofrecido un sustituto. Aunque íntimamente alejado de la vida espiritual alemana, contribuyó más que cualquier otro con sus hazañas y con todo su aspecto, a des-

pertar y alimentar el sentimiento nacional, fomentando así poderosamente también la literatura —nos lo atestigua nada menos que Goethe—, porque Alemania tenía en él cuanto necesita toda nación para crear con deleite: el héroe. Schopenhauer ha afirmado, que la única dicha verdadera es saberse compenetrado de su propia fuerza. Por eso se complace el pueblo en sus héroes, en los que reconoce la encarnación de sus propias energías. Por primera vez desde hacía siglos, la nación alemana gozaba de la dicha de que un príncipe de su sangre, a quien, a pesar de todo, podía considerar suyo, se impusiera a la admiración del globo entero y hasta de sus enemigos. Por eso festejaba el pueblo en todas partes sus victorias, mientras que los demás países le hacían la guerra, y en la paz admiraba en él al rey sabio, que representaba las nobles ideas de su tiempo en materia de gobierno y bienestar del pueblo, anticipándose, y en forma más neta, a cualquier otro estado. Con su libre espíritu moderno —el espíritu del derecho público prusiano, de la tolerancia y de la humanidad— la Prusia de Federico el Grande marchaba a la cabeza de su tiempo, y con él Alemania había tomado también la iniciativa en política.

Quien no quedaba satisfecho con este sustituto se las arreglaba de una manera especial. De la necesidad se hacía una virtud. Precisamente por eso se sentía más elevado y mejor que los demás, por no estar confinado dentro de los estrechos límites de un estado puramente nacional, estrechado en su espacio. La patria del alemán era el mundo, su pueblo el verdadero pueblo del mundo, el alemán el hombre verdadero, el campeón legítimo de todos los ideales de la humanidad. Así pensaba Lessing cuando definía el patriotismo como una debilidad heroica; así el joven Schiller, cuando se reputaba feliz por haber perdido su patria, para cambiarla por el mundo. Francia, afirmaba

entonces ser la patria mundial, la de todos los hombres cultos; su idioma el idioma del universo y su cultura la del mundo entero. Los alemanes contestaban: "Somos más que ella misma, nosotros, los sacerdotes de la verdadera libertad, la del espíritu; nosotros conservamos vivo el fuego sagrado de la humanidad". Achim de Arnim (en 1805, en sus "Cantos Populares") hablaba de los alemanes, "el más grande de los pueblos modernos", como de algo más que lógico, natural. Hasta en los discursos de Fichte resuena este pensamiento cuando el filósofo asigna a la nación alemana la misión de salvar la libertad para el mundo: si Alemania perece, la humanidad está perdida.

Luego sobrevinieron la ruina del Reich, la caída de Prusia, la dominación extranjera. De improviso desapareció la magnificencia del pueblo universal, que creía poder prescindir de su propio estado, con su dominio inevitable y sus limitaciones bienhechoras. El desengaño fué espantoso, pero obró sobre los mejores como un baño tonificante. En forma asombrosamente rápida, comprendieron la nueva lección de los hechos también aquéllos de quienes no era dable esperarlo.

El bendito entusiasmo cosmopolita por la humanidad y el humanismo puro se evaporó como un sueño; le reemplazó un sano y natural sentimiento por el propio país y el propio pueblo, el amor por el propio pasado y el anhelo de un estado también propio. "El esponjado corazón de un cosmopolita representa un hogar inhabitado", decía el hombre que más que otros había buscado hospitalidad en todos los pueblos del mundo: Juan Godofredo Herder. Lo mismo pensaba Federico Schlegel, al deplorar que la estimación del aspecto estético de las cosas, la ensoñación artística, el *fórmulismo* que desde hacía medio siglo se había adueñado de las almas, hiciera que toda idea sería de Dios y

Patria, todo recuerdo de la antigua gloria y con ello el espíritu de fuerza y lealtad, se hubieran extinguido hasta el último rastro.

Nadie lo ha sentido más hondamente ni expresado con mayor vigor que Enrique Luden, de Brema, que, llamado en 1810 por Goethe, inauguró la cátedra de historia en Jena. En su libro "Aspectos de la Confederación Renana" (1808), se quejaba así: "La mayor parte de mi alma y de mi corazón yacen sepultados bajo los escombros de Alemania". Quería llamar la atención de los alemanes, en oposición al cosmopolitismo y al extranjerismo, sobre su propio pasado. "Fuimos los primeros en el mundo cristiano; hoy hemos llegado a ser los últimos; hemos cesado de ser alemanes". Por lo tanto: "concentremos todo en lo único indispensable: el pueblo y la patria". El mismo lema proclamó Achim de Arnim: "Si conociéramos de qué modo nos hemos formado, lograríamos una más honda conciencia de nosotros mismos y una más firme confianza en la naturaleza de nuestra patria. Si durante mucho tiempo fué suficiente que Alemania se desarrollara en una tranquila inconsciencia, las embestidas del exterior que hoy ocurren, obligan a que se concentre en sí misma para resolver su destino entre los pueblos".

De esta situación de ánimo, de este sentimiento, nacieron los poemas de Enrique de Kleist, Federico Rückert y Teodoro Körner, genuinas expresiones de lo que sintieron los mejores de la nación, cuando desde el primer lugar entre los pueblos, que creían merecer, se vieron relegados al último.

Pero los que pensaban así, estaban lejos de ser todos, y tenían un tirano que despreciaba esas ideologías. "¿Qué tienen que ver con la política los sentimientos de los campesinos de Westfalia?", preguntaba Napoleón cuando se le

informaba acerca del amenazador estado de ánimo del pueblo.

No estaba tan errado. Los sentimientos solos, son impotentes y, por eso, no tienen importancia para el político. Las guerrillas de Schill, los "Sonetos acorazados", de Rückert, y "Lira y espada", de Körner, no hubieran cambiado la situación. Los sentimientos, aún los más fuertes, los más legítimos, se asemejan al vapor que vuela y desaparece sin dejar rastro, cuando se exhala libremente. Pero puede levantar cargas y mover ruedas si se le comprime y se le guía. Iguales son también los sentimientos y los estados de ánimo que se truecan en energías vivas en la existencia de los pueblos, en una fuerza que rompe las cadenas más sólidas, cuando llena las reservas de poder de un estado y se comprime en las cañerías y en la caldera de una organización sabiamente regulada. Un estado debía hacer suyo todo movimiento nacional, identificarse con sus finalidades; todo entonces sería posible. Abandonarse a sí mismo equivale a dejar que ese movimiento se pierda sin resultado alguno.

Supongamos que la sumisión de Alemania a Francia hubiera ocurrido un siglo antes, bajo Luis XIV, y no en el gobierno de Napoleón. ¿Hubiera habido luego un levantamiento nacional, una liberación? Es muy problemático. Hay indicios que hacen creer que entonces el idioma de la clase culta hubiera llegado a ser también en Alemania el francés, mientras que el alemán hubiera decaído hasta convertirse en un dialecto de campesinos, como en Alsacia. Por eso Fichte creyó, y no sin fundamento, que debía luchar con palabras elocuentes por la conservación del idioma materno, como encarnación del carácter nacional. Al hablar, más de un personaje del gobierno —pensemos

en Federico Guillermo III de Prusia— sabía expresarse poco hábilmente en alemán, y hasta el barón de Stein, en sus relaciones familiares, empleaba el francés. Hacía demasiado poco tiempo que se encontraba meritorio comprender el alemán y hablar y escribir correctamente este idioma. ¿Se hubiera deplorado mucho que la lengua alemana hubiera desaparecido como idioma literario antes de que Lessing, Goethe, Schiller, y Kant dijieran todo lo que se puede decir en este idioma y lo que el pueblo que lo hablaba tenía que decir? Sólo desde unas dos generaciones atrás se había aprendido a sentir lo que se valía y lo que se podía llegar a ser, y ¡cuánto faltaba todavía para que este sentimiento se generalizara!

No sólo no se vió cabalmente en la dominación francesa lo que representaba: servidumbre brutal y arrogante —el mismo Görres, más tarde heraldo en la lucha por la liberación y la reconstitución, saludó cuando joven a los franceses que se presentaron en la región renana como "hermanos neofrancos" y recomendó la anexión de esa zona a Francia—, sino que esa esclavitud no fué sentida ni hasta más tarde por muchísimos personajes. ¡El mismo Goethe ha sido capaz de definir los años entre 1806 y 1813 como su mejor período!

No hubo un levantamiento general del pueblo alemán contra los franceses, una guerra en masa de la exasperada pasión popular en todo el país. Las muchedumbres nada supieron del odio francés ni de la pasión nacional que, por esos mismos años, ardían en llamas en España (1). Alemania en su vasto conjunto soportaba la servidumbre.

(1) El autor alude, al ejemplo singular que dió al mundo la enérgica vitalidad del espíritu nacional y patriótico de España, que, abandonada por su rey y su gobierno sometidos al invasor, supo, como expresión de una voluntad colectiva entregada a sí

Esto lo sabían los franceses, y no lo ignoraba Napoleón: del pueblo alemán nada tenían que temer. Y la experiencia les daba la razón. El emperador vencido, sin protección militar, volvió a su país a través de Alemania, y a los soldados de su orgulloso ejército que se refugiaron en tierra alemana, hambrientos, helados y andrajosos, no se les tocó un cabello, aunque en pleno derecho, podía haber ocurrido que ni uno solo hubiera abandonado vivo y libre el suelo de este país.

No, Alemania no era España; hubiera sido imposible desencadenar aquí una guerra popular, una sublevación de las masas. La rebelión, cuando finalmente llegó, fué obra de la clase culta, de la juventud académica en primer término. Ella —no ella sola, pero sí ella ante todo— constituyó los batallones de voluntarios con los que luego se libraron y se ganaron las batallas de la liberación.

Pero tampoco ella lo hubiera obtenido, ni hubiera hallado probablemente posibilidad alguna de mostrar de cuanto sería capaz, sin un estado organizado al que pudiera aliarse, ponerse a su disposición y permitir que se sirviera de ella para el mejor resultado del gran problema. También este estado, que le era necesario para hacer posible la liberación, era de nuevo cuño, surgido recientemente en las últimas dos generaciones, y llegado a ser lo que ahora se necesitaba. Prusia, la gran potencia netamente alemana, el estado heroico del gran rey, tenía breve historia, pero contaba con una que ya no podía borrarse; recuerdos que no dejaban adormecerse. Había quedado mutilada como un triste tronco, pero vivía aún, y en él

misma, oponerse al prestigio y a la fuerza de Napoleón y al fin vencerlo, en los episodios heroicos de la llamada Guerra de la Independencia, que se inició con el alzamiento en masa del pueblo de Madrid, el 2 de mayo de 1808. (N. del T.).

alentaba el alma antigua, más ardiente, más tenaz que en los mejores días.

Si en 1807 Prusia hubiera desaparecido del mapa, si su organización estatal hubiera sido destruída ¡quien sabe si hubiera ocurrido un levantamiento alemán! La mejor sangre alemana hubiera sido derramada inútilmente en rebeliones rápidamente sofocadas, como lo demuestra el ejemplo de Schill y los suyos, de Dörnberg y de la guerrilla negra del duque de Brunswick. Pero Prusia seguía existiendo y no había olvidado su pasado. No podía pensar en otra cosa que no fuera la destrucción de la violenta dominación francesa y su propia reconstitución. Ningún otro estado alemán de importancia tenía el mismo interés. Austria aun mutilada y rebajada, podía vivir y desarrollarse dentro de sus fronteras más estrechas. Babiera, Württemberg, Sajonia, Baden, Hesía, habían ganado, se habían engrandecido gracias a Napoleón; vivían de su favor y se aferraban a los faldones de su levita. Sólo Prusia padecía. Prusia no podía existir, si quedaba como era. Debía tratar de ser nuevamente lo que había sido o dejar de existir. Por la naturaleza de la situación le quedaba encomendada la parte directiva en la lucha por la liberación alemana. Hacia Prusia, pues, se dirigían las miradas de todos los alemanes que creían todavía en un porvenir.

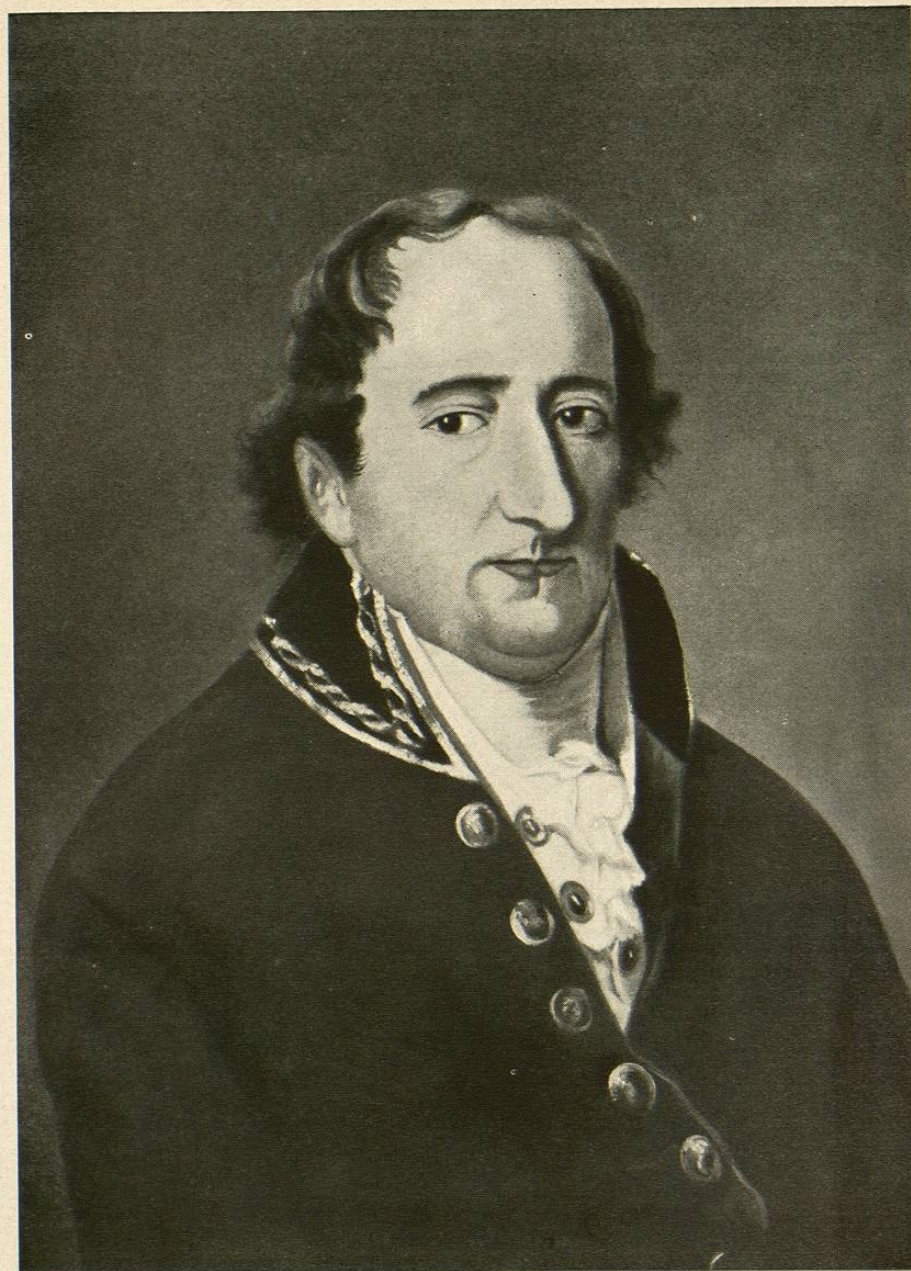
No es una casualidad que hallemos en las filas de los hombres de estado y de los generales prusianos de esta época tantas personalidades dirigentes venidas de fuera. Stein y Hardenberg, Niebuhr y Eichhorn, Blücher, Scharnhorst y Gneisenau fueron extranjeros en Prusia. Habían entrado en el servicio prusiano porque a este país correspondía ya entonces, antes de 1806, el porvenir de Alemania. Y ahora con más razón quedaban allí, porque

únicamente Prusia podía crear todavía un porvenir para Alemania.

No fueron defraudados. Prusia reconoció finalmente su misión alemana y se identificó con la causa nacional. Pero ¡cuántas luchas costó! Aquí no podemos narrarlas ni en resumen. Pero sí llamaremos expresamente la atención —por ser característico de la situación y por constituir algo nuevo— sobre la circunstancia de que en todos estos años, desde 1807 hasta 1813, las capas sociales cultas y reflexivas de la nación constituyen por entero el elemento impulsivo y apremiante, mientras que el rey y el gobierno son una fuerza vacilante y dilatoria. El movimiento se ha desarrollado desde abajo; sólo con gran esfuerzo pudo arrastrar consigo a los gobernantes. En él se sentía muy bien la novedad y la trascendencia de este proceso. Era como el gusto anticipado de la revolución, si los súbditos podían imponer su voluntad al rey. Por eso él titubeaba y se demoraba más aún.

Hasta el fin, procedió así. El hecho decisivo, la acción salvadora —el sacudimiento del vasallaje francés después del derrumbamiento del ejército napoleónico— fueron obra de un general que interpretó por cuenta propia las instrucciones que recibió. Con la capitulación de Tauroggen (la que el general Yorck, el 20 de diciembre de 1812, asumiendo toda la responsabilidad, pactó con el enemigo), se ganó en el último instante la posibilidad del levantamiento, que hasta entonces el rey había desperdiciado tercamente y que hubiera seguido desperdiciando en adelante, en cuanto de él dependía. Hasta la proclama "A mi pueblo", y la alianza con Rusia, fueron impuestas al rey Federico Guillermo III.

Sin embargo, al final, se pudo inducirlo a ello, y así Prusia se colocó a la cabeza del movimiento nacional. No logró



H. F. Stein

STEIN

Inspiró la liberación alemana del dominio napoleónico, despertando así de nuevo la idea del Reich.

Óleo de Federico Bury.

(Kappenberg, colección Conde de Kanitz)

lucirse: la debilidad del rey no pudo dominar las circunstancias adversas que lo cercaban. Y una vez más, a los hombres que estaban cerca de él, a los intérpretes de la nación que él de mal talante dejaba obrar, se debió que no se perdiera todo. Sucedió de esta manera, que en una obra de héroes el primer papel estaba representado por un señor que era todo menos un héroe. Un héroe contra su voluntad: así se podría juzgar a Federico Guillermo III de Prusia. Con toda razón pudo cantar Körner.

“No es una guerra, de la que saben las coronas;
Es una cruzada, una guerra santa”.

Queda sin embargo el hecho de que Prusia, por una sublevación popular, de raros antecedentes en la historia moderna y en Alemania el único del pequeño Tirol, dió el poderoso golpe que hizo saltar de las muñecas de Alemania las cadenas francesas. Prusia proporcionó los jefes militares que ganaron la victoria con su resuelto proceder. La batalla de Leipzig, que deshizo para siempre el poderío de Napoleón en Alemania y en Europa, es la obra de Blücher y Gneisenau, como también la batalla de Waterloo, que preparó el final del epílogo. Prusia había hecho mayores sacrificios que cualquier otro país para llegar a ese resultado. El país, agotado y esquilado, pertrechó, para la lucha común, el ejército más fuerte en comparación de porcentajes: 280.000 hombres. Esta fuerza prusiana, como lo dijo Clausewitz, fué la punta acerada de la cuña de hierro que se hendió al coloso. Por eso la guerra de liberación sigue siendo la hazaña más grande cumplida por la vieja Prusia en Alemania y por Alemania, y 1813 es el número áureo de la historia prusiana.

He tratado de aclarar las causas de este gran cambio cumplido en 1813. No considero de mi cometido el narrar los